

PARADOJAS DE LA DEMOCRACIA EN VENEZUELA: DUALIDAD Y CONFLICTO EN LAS REPRESENTACIONES Y EN LA POLÍTICA ACTUAL

Gladys Villarroel*

Resumen

Este artículo propone una hipótesis para explicar comprensivamente el conflicto y la contradicción característicos de la cultura democrática contemporánea en Venezuela, teniendo como referente empírico hallazgos de un estudio de alcance nacional. La complejidad de las representaciones políticas se expresa en pluralismo y autoritarismo, actitudes opuestas respecto al interés y la participación políticas, lealtad y hostilidad hacia la democracia, y simpatías hacia los partidos políticos y antipartidismo. Estos resultados se asocian con diferentes estratos sociales y con experiencias diversas de socialización política primaria. La conjetura se propone explicar el

origen de estas oposiciones en términos de la amplia difusión social, consecuente al retorno a la democracia en 1958, de los programas democrático y jacobino. Su difusión habría creado dos matrices o esquemas culturales y cognoscitivos que en los noventa permiten al sujeto de la democracia elegir razonablemente entre alternativas opuestas. El artículo se propone, por otra parte, comprender los más recientes acontecimientos políticos cuya conflictividad y polarización sugieren una tendencia a la desconsolidación de la democracia venezolana.

Palabras clave: cultura democrática, comprensión, sujeto de la democracia, jacobinismo.

Recibido: 27-01-03 • Aceptado: 13-02-03

* Escuela de Educación, Universidad Central de Venezuela. Caracas, Venezuela.
E-mail: gvilla7@cantv.net

The Paradox of Democracy in Venezuela: Duality and Conflict in Democratic Culture and Present-day Politics

Abstract

Through the analysis of empirical national findings from a national study, this article offers an interpretative hypothesis in order to explain conflicts and contradictions in contemporary Venezuelan democratic culture. Complexity in Venezuelan political culture is expressed through pluralism and authoritarianism, opposing attitudes as to political parties, political interest and participation, and loyalty and hostility toward democracy are associated with different social strata and diverse patterns of political socialization. The hypothesis explains the origin of these oppositions in terms of the wide social dif-

fusion resulting from the return to democracy in 1958 and to democratic and Jacobean programs. The diffusion process would have created two contradictory cultural and cognitive matrixes that in the nineties offered rational conflicting choices to democratic political actors. The article also aims to comprehend the most recent political developments in Venezuela and the conflictive, dynamic and ideological polarization which suggest a tendency to democratic deconsolidation.

Key words: Democratic culture, understanding, democratic political actors, Jacobinism.

*A la memoria de mi padre,
quien me enseñó a valorar y respetar lo diferente.*

Introducción

Con el desarrollo, la consolidación y la persistencia de las democracias se asocian ciertos antecedentes y formas culturales que pueden contribuir con el avance de las instituciones y prácticas democráticas o, por el contrario, obstaculizarlo o impedirlo. Los estudios sobre democracia y cultura política han identificado un conjunto de principios, creencias, actitudes, y sistemas de interacción vinculados a la existencia de democracias estables y efectivas. Se requiere tolerancia hacia las creencias, valores y preferencias de los opositores políticos porque de allí deriva la voluntad de buscar consensos, negociar conflictos, y buscar acuerdos para la solución de problemas y la definición de políticas. Se necesita confianza en los otros sujetos sociales y en el funcionamiento del sistema político, pues solo si ésta existe es que puede participarse en el juego democrático. Las

orientaciones, creencias, valores y prácticas basados en la tolerancia, el consenso y la pluralidad suponen la moderación en las posiciones políticas y la igualdad política que asegura la participación (Lipset, 1977 [1960]: 25; 57-63; Almond y Verba, 1989 [1963]: 6-40; Dahl, 1971:129-44; 1997:34-8; Diamond, 1994:10-15; Diamond, Linz y Lipset 1995:19-21; Diamond, 1999:166-7). Dicho en otras palabras, en las sociedades democráticas no siempre los ideales o las visiones sobre cómo conducir la sociedad o sobre la mejor forma de vivir son evidentes por sí mismos, comunes a todos los grupos o pueden explicarse de manera inequívoca. Esta circunstancia explica dos características esenciales de las democracias: la necesidad de la confrontación y de la discusión y, a un tiempo, la búsqueda del diálogo y del compromiso. La existencia de las sociedades democráticas, por lo tanto, supone el desarrollo de formas culturales¹ específicas y de programas políticos orientados por un conjunto de ideales y sistemas normativos, así como de instituciones y sistemas de interacción diseñados para procesar los inevitables conflictos y alcanzar los consensos imprescindibles.

Una mirada atenta a lo que ha ocurrido en Venezuela a lo largo del año 2002 –y en lo que va del 2003– hace temer francamente por la estabilidad de la democracia. Los complejos mecanismos de negociación y búsqueda de consenso que estuvieron vigentes hasta hace pocos años están hoy, según la perspectiva, o muy erosionados o completamente desaparecidos, sin haber sido sustituidos por otros. Los hechos recientes sugieren una tendencia al resquebrajamiento de la consolidación democrática. Según la precisa definición de Linz y Stepan (1996:7-15; 1997:15-6), una democracia está consolidada cuando, conductual, actitudinal y constitucionalmente es el «único juego» que los actores nacionales se avienen a jugar, mediante un complejo sistema de instituciones, normas y esquemas de incentivos y desincentivos². Durante el último año en no pocas opor-

1 Al hablar de cultura se alude a un conjunto común de orientaciones, valores y esquemas cognoscitivos que guían las conductas, influyen en los juicios y en la interpretación de la realidad, ampliamente difundidos y que persisten en el tiempo (Dahl, 1997:39), por ello estructuran instituciones, prácticas y formas de vida que abarcan las esferas pública y privada (Kymlicka, 1999 [1995]).

2 Más específicamente, según Linz y Stepan, una democracia está consolidada en primer lugar, cuando ningún actor social, económico, político o institucional intenta sustituir a un régimen democrático o crear un régimen no-democrático; segundo, cuando una mayoría considerable de la opinión pública –aún en el caso de una crisis económica profunda o de una grave insatisfacción con el gobierno y los gobernantes– cree que

tunidades éste no ha sido el caso en Venezuela. Si esta tendencia se mantiene o profundiza ¿cuál será el destino de la democracia venezolana? La escisión que, día tras día, se manifiesta en la agitada escena política venezolana ¿puede explicarse sólo por la ineficacia de los gobiernos? ¿Puede tal vez explicarse en términos de culturas y proyectos políticos divergentes?

Los resultados de un estudio de alcance nacional³ –realizado para conocer los valores, opiniones, actitudes y comportamientos políticos en Venezuela– revelan la existencia de tensiones y oposiciones. La evidencia muestra un complejo sistema de representaciones políticas, es decir, de configuraciones socialmente generadas y compartidas (fines, imágenes, opiniones, actitudes, conductas) referidas a lo público y, específicamente, al sistema y a las experiencias políticas. En este sistema coexisten tendencias pluralistas y autoritarias, actitudes opuestas en relación con el interés y la participación políticas, lealtad y hostilidad hacia la democracia, simpatías hacia los partidos políticos y antipartidismo. Estas representaciones se asocian con diferentes estratos sociales y con experiencias diversas de socialización política primaria (Villarroel, 2001: 21-5; 239-56; 278-283). Estos hallazgos y el desarrollo de los más recientes acontecimientos políticos –caracterizados por una enorme conflictividad y una polarización

la mejor manera de enfrentar los problemas colectivos es recurrir a los procedimientos y las instituciones democráticas, y cuando el apoyo a las alternativas antidemocráticas es muy pequeño o está relativamente aislado por las fuerzas prodemocráticas. La consolidación democrática, por último, significa que los sectores gubernamentales y de oposición dirimen sus conflictos cuando se someten, y están habituados a someterse, a los procedimientos, leyes e instituciones democráticas.

- 3 En noviembre 1993, se entrevistó una muestra probabilística nacional (n=1338) utilizando un cuestionario de 105 preguntas referidas exclusivamente a tópicos políticos (CONICIT S12243). Los datos fueron procesados mediante análisis factorial. En este artículo se utilizó algunos resultados de la clasificación automática que agrupó las respuestas de las personas entrevistadas en tipos o clases de acuerdo a criterios de similitud. Las tipologías así construidas fueron procesadas mediante análisis de correspondencias múltiples. Se definió como variables *activas* cinco tipologías referidas a interés y participación, partidos políticos, militares y golpes, valores políticos y visión de la democracia. Como variables *ilustrativas* se definió las clases relativas a características demográficas, estratificación social y una variable-resumen sobre socialización política. El análisis de los ejes factoriales arrojó tres nubes o agrupaciones de modalidades de clase cuya interpretación resultó en las orientaciones de las representaciones políticas que se analiza en este artículo (Villarroel, 2001: 245-57; 313-33; 337-73).

extrema– sugieren que tal vez se esté, no simplemente frente a un conflicto entre gobierno y oposición, sino frente a una confrontación profunda entre dos visiones o dos proyectos políticos que combinan diferentes principios, creencias, valores y sistemas de acción.

La conjetura comprensiva que se somete a consideración en este artículo aspira a ubicarse en el «terreno pantanoso» de la ciencia (Popper, 1980 [1962]:106), confiando que los argumentos tentativos que ofrece tengan la firmeza suficiente para sostenerla, al menos provisionalmente. Se discute una hipótesis interpretativa sobre el complejo sistema de representaciones políticas venezolano. Mediante un análisis comprensivo se argumenta que el origen de esa estructuración se articula a condiciones culturales y políticas, a los profundos cambios estructurales y a los amplios procesos de difusión social consecuentes al retorno a la democracia después de 1958. Se considera que estas condiciones y procesos aportan razones para comprender las tensiones o divergencias de la cultura política. La hipótesis discute si esos procesos y circunstancias habrían creado dos matrices culturales diferentes que, décadas más tarde, dan a las personas entrevistadas motivos o buenas razones para adoptar las creencias, actitudes y valores presentes en el sistema de representaciones políticas.

Conocer comprensivamente

Comprender es una tarea cognoscitiva de importancia crucial en las ciencias sociales. Según Weber, comprender las acciones y creencias colectivas es un proceso sistemático de formulación de hipótesis interpretativas en la esperanza de corroborarlas empíricamente. Proceso que no excluye el esclarecimiento de las causas. Al estudiar comprensivamente representaciones o acciones sociales se crea un espacio cognoscitivo de carácter *relacional*. Este espacio permite la explicación de esos fenómenos al ubicarlos en el sistema de relaciones –«constelaciones de motivos»– que constituye las condiciones de su ocurrencia (Weber, 1973 [1968]:175-221). Dicho de otro modo, el conocimiento comprensivo procede elaborando conjeturas sobre los fenómenos sociales y estableciendo si esas hipótesis son compatibles con las observaciones –datos, hechos, hallazgos– de que se disponga.

Al investigar utilizando esta posición metodológica se trata de explicar buscando cuáles son las acciones de los sujetos sociales o cuáles son las creencias, actitudes, o valores que resultan en el fenómeno colectivo que quiere com-

prenderse (Popper 1989 [1963]:125; Boudon, 1984:62-66; 1994:179-90; 2001:97-100). En otras palabras, se rastrea hasta el individuo las observaciones o datos que, por efecto de la agregación propia del trabajo científico, aparecen ante nuestros ojos como un proceso colectivo y se conjetura cuáles son –o fueron– las razones o motivos más simples que las personas tuvieron para actuar, opinar o pensar respecto a un determinado evento u objeto social. Este enfoque se opone al esquema determinista sostenido en ciertas tradiciones intelectuales respecto a las relaciones entre el individuo y la sociedad. La posición comprensiva supone que los sistemas de interacción, las referencias cognoscitivas o los sistemas de representaciones no estarían estrictamente determinados por lo estructural, puesto que las diferentes dimensiones de la relación entre el individuo y la sociedad –aún interactuando entre sí y determinándose parcialmente– se mantendrían abiertas unas respecto de las otras. El conocimiento comprensivo, entonces, no niega la relación entre los atributos situacionales de los sujetos sociales y sus comportamientos, creencias, opiniones o valores. Procede tomando en cuenta las condiciones y límites estructurales, y procura especificar las opciones y alternativas para la acción y la decisión que esas condiciones permiten.

Complejidad en las representaciones políticas

En cada sociedad se desarrollan formas culturales y representaciones políticas propias. En este sentido puede hablarse de programas que, junto a las condiciones estructurales, definen las posibilidades de conocimiento y de acción política a los sujetos sociales. La investigación sobre representaciones políticas en Venezuela permite describir dos orientaciones bastante estructuradas: una efectivamente democrática y otra hostil a la democracia. Se identifica también una tercera tendencia, menos estructurada que las anteriores. Ésta sin ser plenamente adversa indica ambigüedad y desconfianza hacia las instituciones y prácticas de la democracia venezolana (Villarroel, 2001:239-86). Con propósitos analíticos y de interpretación, en este artículo se combina la orientación hostil con la orientación marcada por la ambigüedad. Se obtiene de este modo la descripción de lo que parecen ser dos subculturas políticas diferentes.

Cultura política consensual y participativa. En esta orientación de las representaciones se rechaza, en diversos grados, el autoritarismo –definido como aceptación de la intervención militar en la política a través de golpes de estado– y se demuestra una confianza básica en las instituciones políticas y en el funcionamiento de la democracia venezolana, que no excluye aspectos críticos. Lo ca-

racterístico, sin embargo, es lealtad y compromiso con la democracia, disposición a participar, confianza en el estado y en las instituciones públicas, en el sistema y los partidos políticos, en los gobiernos y en los medios de comunicación. Esta orientación es claramente urbana y está bien distribuida desde el punto de vista demográfico y de la estratificación social. Se asocia, en efecto, con hombres y mujeres, jóvenes, adultos y personas mayores de 58 años y con dos estratos sociales. Un sector de clase media⁴: jefes de hogar con ingresos entre 3 y 8 salarios mínimos; secundaria completa o educación superior, que trabajan como profesionales, comerciantes, gerentes; y un estrato obrero⁵ y de trabajadores sin calificación, con una proporción alta de jefes de familia con ingresos menores a 1 salario mínimo y educación primaria incompleta. Ambos estratos refieren una historia de socialización política primaria. Se diferencian, en cambio, respecto a su competencia política autopercebida y sus expectativas hacia el futuro: el estrato medio se siente competente en cuestiones políticas, mientras que los pobres se perciben a sí mismos sin competencia política y se muestran pesimistas respecto al futuro (Villarroel, 2001:252-3).

Cultura hostil o ambigua hacia la democracia. El otro componente de las representaciones políticas es, como se ha dicho, una mezcla de dos orientaciones. Una relacionada con trabajadores pobres⁶ y la otra con sectores de clase media⁷. Lo común es un marcado antipartidismo⁸, autoritarismo y deslealtad a la democracia, expresados mediante diversos grados de apoyo a las intentonas golpistas de 1992. Los pobres, critican fuertemente la democracia, muestran un gran descontento respecto de su funcionamiento y desconfían de las instituciones públicas, del sistema político y de los medios de comunicación. Así, crítica y descontento se asocian con aquellos que tienen ingresos entre 1 y 3 salarios mínimos, que no tienen calificación o trabajan por cuenta propia (educación primaria o secundaria incompletas), o bien tienen ocupaciones en el

4 Representa 16% de la muestra nacional.

5 Este tipo agrupa a 15% de la muestra nacional. 70% de los jefes de familia se desempeña como obrero u obrera.

6 Este tipo representa 35% de la muestra nacional.

7 La clase media-alta agrupa 5% de la muestra nacional, el otro estrato 21%.

8 En el marco del estudio, se define como antipartidismo a las opiniones y actitudes que expresan rechazo de todos los partidos políticos, o bien simpatías francas o moderadas por La Causa R (LCR), grupo que en la década de los noventa representó claras posiciones antipartidistas.

área de servicios (primaria incompleta). En cambio, la desconfianza o la ambigüedad en relación con la democracia venezolana y sus instituciones se relacionan con dos estratos de clase media. Un segmento, cuyos jefes de familia tienen empleos que exigen formación técnica, ingresos entre 3 y 8 salarios mínimos y secundaria completa o educación superior. El otro, es la clase media-alta: jefes de hogar profesionales con ingresos que varían entre 3 y 8 salarios mínimos, o son superiores 8 salarios mínimos.

En contraste con la subcultura política consensual y pluralista descrita previamente, en ésta los pobres y los segmentos de clase media que son hostiles o desconfían de la democracia son pesimistas respecto al futuro, perciben que tienen poca o ninguna influencia y que carecen de competencia política. La socialización política primaria de los estratos que comparten estas creencias fue débil o inexistente. Demográficamente esta subcultura está asociada con segmentos jóvenes y personas mayores de 58 años, con ser hombre y la residencia en áreas urbanas y rurales (Villarreal, 2001:253-7).

Dos visiones de la democracia. De estas dos subculturas políticas, a su vez, emergen dos imágenes acerca de la democracia venezolana. La primera, está basada en consideraciones primordial y específicamente políticas. La democracia es primero: de allí la confianza (en el sistema político, las elecciones, los gobiernos, el estado, las instituciones públicas), el interés en la política y la disposición a participar. Los valores políticos asociados son libertad, igualdad, solidaridad y justicia social. Para la otra visión, en cambio, lo principal es el desarrollo económico. La democracia es importante pero su valoración está condicionada a la solución de las demandas sociales y económicas de la ciudadanía. Si ello no fuese así podría apoyarse y aceptarse una reversión autoritaria. Mientras las clases medias confían en el sector privado, se demanda, por igual, justicia, honradez y seguridad social (Villarreal, 2001:133-64; 253-7).

Si se acepta la conjetura sobre la existencia de dos subculturas políticas *diferenciadas*; ¿Cómo explicar estas diferencias? ¿Cuáles factores habrían intervenido en su desarrollo? Sería relativamente sencillo atribuir la presencia de la hostilidad o ambigüedad hacia la democracia sólo a la insatisfacción acumulada y a la crisis económica que vive Venezuela desde los ochenta. Sin embargo, aceptar este factor como la *única* o principal explicación posible supondría desconocer la diferenciación, complejidad y autonomía intersistémicas que la modernización de la sociedad venezolana ha impulsado en las décadas democráticas. Se admitiría, por otra parte, una concepción determinista respecto a las orientacio-

nes, fines y creencias políticas de los individuos las cuales resultarían de las características estructurales de la sociedad y reflejarían mecánicamente los intereses de los diversos estratos. No es propósito de este trabajo negar la contribución que, con seguridad, la sostenida crisis económica y social venezolana ha tenido en la formación de la hostilidad, de la desconfianza o la ambigüedad hacia la democracia expresada en las representaciones políticas. De hecho, la pobreza y una educación exigua caracterizan a casi dos terceras partes de la muestra entrevistada (Villarroel, 2001:65-7). Ello, sin duda, habla de la ineficacia económica y social de los gobiernos democráticos. Como recoge la literatura (Diamond, 1999:194-5), el mal desempeño de los gobiernos puede trasladarse a la insatisfacción de la ciudadanía con el funcionamiento de la democracia. En el caso venezolano, sin embargo, la ineficacia gubernamental sería una explicación plausible para las tendencias autoritarias y la hostilidad hacia la democracia de un sector de jóvenes, de los trabajadores pobres sin calificación, o que trabajan por cuenta propia, a quienes no es difícil imaginar en el sector informal de la economía, sin una esperanza cierta de justicia y bienestar. Tal vez hasta pudiese explicar la alineación crítica, expresada como ambigüedad, de sectores de la clase media. Pero, diría poco sobre otros hallazgos.

Así no explicaría del todo la ambigüedad y la desconfianza hacia la democracia de un sector de clase media y de la clase media-alta, evidentemente mucho menos afectados por la ineficiencia de las políticas públicas y por la crisis de los ochenta; pero, sobre todo, no explicaría el respaldo y la confianza en la democracia del estrato obrero y de trabajadores sin calificación –estos sí, como indican los datos, severamente golpeados por las dificultades económicas– y de otro estrato de clase media relacionados con la cultura política que se ha denominado pluralista, consensual y participativa. Es necesario, entonces, buscar otras explicaciones.

La hipótesis comprensiva

Las sociedades democráticas son –de acuerdo a criterios *políticos*⁹ y dejando de lado, para los efectos de este trabajo, lo que podría llamarse su cali-

9 Al definir la democracia en términos puramente políticos se sigue aquí la tendencia de los estudios actuales sobre la democracia (Diamond, 1999:7-8). Un resumen preciso de los criterios para definir lo qué es y lo qué no es una democracia en Schmitter y Karl (1991). Acerca de los problemas que resultan de utilizar criterios socioeconómicos en la conceptualización de la democracia, véase Karl (1991).

dad¹⁰, estructuras diferenciadas, abiertas y complejas en las cuales, según la definición de Karl (1991:165), es preciso elegir a los gobernantes en contiendas competitivas, justas y de acuerdo a la ley, asegurar las libertades políticas y someter el sector militar al control civil.

Sociedad abierta y sujeto de la democracia. En una democracia individuos y grupos dialogan y se confrontan entre sí respecto a diversos principios, valores, intereses y cursos de acción políticos. Opciones y alternativas se abren a los sujetos políticos, modelando sus preferencias y sus acciones respecto a la política y a los sistemas políticos. Diálogos y confrontaciones conducen a decisiones, acuerdos y compromisos respecto a ideales, estructuras de acción política y sistemas normativos e institucionales. Así entendido, el proceso democrático –y ésta es la primera proposición de la conjetura discutida en este artículo– significa condiciones de apertura y la existencia de diversos campos de acción y de interacción para la ciudadanía, así como de contextos culturales, cognoscitivos e históricos caracterizados por la diversidad y la pluralidad. La dinámica entre las preferencias, las acciones e interacciones entre los individuos, los diferentes contextos y la información disponible en ellos hace posible los procesos de *difusión* que están, de manera general Moscovici (1979 [1961]), en el origen de las representaciones sociales. La difusión social, en otras palabras, resulta del efecto agregado de múltiples acciones, desplegadas en los campos individuales disponibles para éstas, en interacción con las condiciones estructurales de la sociedad (Boudon y Bourricaud, 1994 [1982]:180-6).

Las condiciones de apertura constitutivas de una sociedad democrática, en consecuencia, hacen posible una amplia difusión cultural e ideológica que ofrece a los sujetos políticos diferentes opciones. El sujeto de la democracia, el individuo responsable de sus acciones y de sus posiciones políticas¹¹, construye

10 En el contexto latinoamericano, especialmente, se ha hablado de democracia de “baja calidad”, de “baja intensidad” o de “democracia delegativa” para describir sistemas políticos que tienen elecciones competitivas y abiertas; en las cuales los individuos electos detentan efectivamente el poder, hay libertad de expresión y de los medios de comunicación, así como organizaciones independientes; sin embargo, estos sistemas no han desarrollado los dispositivos para que los individuos en funciones de gobierno rindan cuentas a sus representados, corrijan sus acciones de acuerdo a ello y acepten responsabilidad por sus fallas o su incompetencia en el desempeño de sus funciones (Diamond, Linz y Lipset, 1995:8; Weffort, 1994:36-40; O’Donnell, 1999:159-173).

11 La expresión proviene de Alberti y Sauret (1996). De acuerdo a variantes contemporáneas del psicoanálisis, que contradicen la visión estereotipada del «determinismo psi-

representaciones referidas a lo público y a las experiencias políticas porque vive, crea y actúa en contextos culturales, políticos e institucionales caracterizados por la existencia de opciones o alternativas para la elección, y porque puede escoger razonablemente. La posibilidad de escoger, conviene aclarar, no se reduce *sólo* a acciones de orden instrumental o estratégico¹². La hipótesis que aquí se discute sostiene, en segundo lugar, que el alcance de muchas decisiones y comportamientos del sujeto de la democracia –se sigue el modelo cognoscitivo desarrollado por Boudon (1994: 238-57; 2001:66-8; 121-25) a propósito del origen de los valores– se extiende hacia ideales, creencias o acciones basadas en argumentos de carácter axiológico o normativo: aquello percibido como bueno, mejor o justo. Este tipo de creencias, decisiones y conductas no-utilitarias de las personas serían las que mediante procesos comparativos de evaluación social permiten, entre otras cosas, la constitución de representaciones comunes referidas a lo público.

Los procesos democráticos de confrontación y de consenso sobre ideales, políticas o diseño de la sociedad, en otras palabras, se estructuran sobre la condición esencial del individuo como sujeto de la democracia. Es decir, la persona diferenciada de su contexto, interdependiente y activa, dotada de competencias cognoscitivas y capaz –si dispone de información– de evaluar y de decidir en forma no-utilitaria entre ideales, opciones y cursos de acción políticos. La afirmación anterior no alude a capacidades sofisticadas. Se refiere, por el contrario, a la esencia misma de la democracia. Su sentido profundo en cuanto al sujeto es la creencia en la capacidad del individuo –la gente sencilla, la persona común– para decidir responsable y libremente sobre lo público¹³. En suma, la condición de sujeto de la democracia y la amplia difusión social propia de las sociedades abiertas vienen a ser elementos clave en relación con el origen de las representaciones políticas.

quico», al final de la cura analítica emerge un sujeto que es, al mismo tiempo, responsable de sus actos y de su posición subjetiva, por analogía las autoras hablan del sujeto de la democracia.

12 Con frecuencia, desde luego, se trataría de escogencias y cursos de acción basados en análisis del tipo costo-beneficio: la acción del individuo se explicaría porque conviene a sus intereses.

13 Digo creencia en el sentido del ideal que ha impulsado la democratización. No se me escapa que, con frecuencia, este ideal puede y ha sido vulnerado por condiciones adversas.

El doble origen de las representaciones políticas. A partir de 1958, la sociedad venezolana retornó a la democracia. Este proceso permitió la amplia circulación de ideas y valores, propició el desarrollo de los intereses y la participación, e hizo posible diálogos y confrontaciones, así como la búsqueda de consensos, pactos y compromisos. La aprobación de la constitución en 1961 es el hecho que formaliza y hace posible la definición de Venezuela como sociedad abierta¹⁴. Ciertamente, el proyecto político institucionalizado en ese momento hizo posible la existencia de un conjunto de libertades y de una serie de estructuras o dispositivos para que la ciudadanía tuviese opciones y responsabilidades –exclusivamente canalizadas a través de los partidos políticos, es cierto– en la discusión, evaluación y toma de decisiones respecto de los fines e ideales sociales, así como sobre gobiernos, gobernantes y políticas. En este sentido, puede decirse que la apertura democrática de la sociedad venezolana propició, y ha sostenido durante décadas, una corriente continua de difusión cultural e ideológica cuyos resultados se expresaron no sólo en las diversas contiendas electorales desde 1959, sino especialmente –y éste es el tercer argumento de la hipótesis que se discute en este artículo– en las representaciones políticas contrastadas que han pasado a ser una característica de la Venezuela contemporánea. Como se ha visto, una es favorable a la experiencia democrática venezolana, especialmente aquella vivida desde finales de los cincuenta, mientras que la otra se caracteriza por su hostilidad o desconfianza hacia esa experiencia. A estas dos configuraciones se asocia diferentes visiones acerca de la mejor forma de organizar la sociedad y sobre las características del régimen político que se considera mejor para la sociedad venezolana.

El eje de la conjetura que se desarrolla en este trabajo es que la compleja estructuración del sistema de representaciones políticas actual se origina, en buena medida, en los vastos procesos de difusión cultural y de educación política

14 Para Carrera Damas (1988 [1984]:206-7; 214), “la instauración e implementación de una sociedad abierta” es uno de los principales problemas que “constituye la trama de Venezuela contemporánea”. En contraste con el pasado histórico, afirma, en el presente democrático se proyectan socialmente los valores de la libre empresa y queda consagrada la igualdad de los ciudadanos. Ello, al lado de la extensión de la educación y el desarrollo de la vida política, abrió oportunidades a individuos y grupos sociales. Desde mi perspectiva, la principal reserva respecto a esas consideraciones estaría en la enorme injerencia que la Constitución de 1961 otorgó al estado para la planificación y promoción del desarrollo económico y social.

consecuentes al retorno a la democracia iniciado en 1958. Estos procesos ofrecieron a los sujetos políticos contextos culturales, cognoscitivos e ideológicos que, desde su inicio, estuvieron marcados por una fuerte *dualidad*. Esta dualidad no es simplemente un atributo de las vicisitudes históricas o culturales de la sociedad venezolana. Emerge de un contexto más vasto: el programa cultural de la modernidad. Este programa, como arguye Eisenstadt (1999:18-41), está atravesado por antinomias radicales¹⁵, las cuales encuentran su expresión en dos tradiciones políticas con principios y formas de acción opuestos: una caracterizada por el pluralismo, la otra por una visión totalista y antidemocrática.

En Venezuela, esta duplicidad del discurso político moderno se manifestó intensamente en los años sesenta. En forma paralela, y por vías distintas, dos programas políticos se discutieron y se confrontaron abiertamente en las arenas de la incipiente democracia venezolana. Las tensiones entre estos dos programas políticos, conviene aclararlo, no son exclusivas del momento histórico en que se produce el regreso a la democracia en Venezuela. De hecho, pueden hilarse desde la década de los treinta (Sosa Abascal, 2001:173-219) y apreciarse también en la transición a la democracia que tuvo lugar en los cuarenta, cuando precisamente se estableció, según Kornblith (1996:3-5), lo esencial del orden sociopolítico venezolano. Es, sin embargo, durante el proceso político posterior a la caída de Pérez Jiménez en 1958 cuando estas tensiones se expresan rotundamente. Ello obedeció a la peculiar conjunción de amplios cambios estructurales en lo interno junto a factores externos de orden político y cultural. Al restituir y ampliar los derechos políticos se aseguró la participación franca de la ciudadanía y de todas las organizaciones en la arena política, lo cual propició la difusión social de principios, ideales y modalidades de acción política de distinto signo. Sin embargo, debido a las rectificaciones y restricciones que la experiencia del trienio 1945-48 impuso a los principales actores del juego político se excluyó la agenda de transformaciones radicales de la izquierda venezolana, la cual, muy

15 La cultura moderna, según Eisenstadt (1999), está atravesada por varias y profundas contradicciones de origen histórico y de orden ideológico. Así las teorías políticas de la antigüedad al lado de las tradiciones republicanas que emergieron posteriormente; la autonomía del individuo y la legitimidad de los intereses privados; la tensión entre concepciones constitucionalistas o participativas de la democracia; diferentes énfasis en la libertad o la igualdad; concepciones diversas relativas al papel de la razón en la vida y las sociedades humanas; y referidas a las oposiciones entre reflexividad y construcción activa del mundo.

rápidamente, como se verá más adelante, se deslindó del juego democrático tanto por razones doctrinarias, cuanto por el impacto de la revolución cubana.

El programa democrático. Las orientaciones, valores y principios políticos de este programa permitieron –por mencionar sólo dos de sus consecuencias más notables– el consenso y negociación entre élites plasmados en el «pacto fundacional»¹⁶ de Punto Fijo y la ya mencionada Constitución de 1961. Principios y orientaciones políticas característicos de lo que Urbaneja (1993 [1992]:151-81) ha denominado la «versión corregida del programa democrático». Esto es, la valoración de la democracia como régimen político –en sí misma y como dispositivo para alcanzar los objetivos de justicia social–; la búsqueda del consenso y la reducción del conflicto; la creencia en las capacidades democrática, pluralista y participativa del pueblo, el establecimiento de amplios mecanismos para la negociación social, y la definición del rol central del estado respecto a la redistribución de la riqueza. La democracia, de este modo entendida y practicada, significa sobre todo recurrir a mecanismos de interacción social distintos a la violencia y a la fuerza para resolver conflictos políticos, y aceptar la coexistencia de ideologías o creencias diferentes e incluso opuestas cuando éstas se encuadran en un esquema de lealtad a la democracia.

Aunque inicialmente expresaban el pensamiento de los principales actores del juego político¹⁷ los principios, valores y prácticas del programa democrático

16 La expresión es tomada de Karl (1991:174-6), quien señala este tipo de compromiso entre élites como una de las modalidades de transición a la democracia en América Latina. Además de Venezuela, se incluye en este tipo a Colombia en 1958, Uruguay en 1984 y Chile durante el largo período que va de 1932 a 1970. En Venezuela, lo característico de esa transición fueron diversas alianzas y coaliciones definidos como mecanismos formales e informales para generar apoyos a la democracia. Destacan el *Acta de Avenimiento Obrero-Patronal* y la *Declaración de Principios y Programa Mínimo de Gobierno*, al respecto véase Levine y Crisp (1999:378-382; Rey 1991 [1987]:202-3).

17 Las orientaciones o tendencias pluralistas estaban presentes particular, aunque no únicamente, en el ideario político de Acción Democrática (AD). Estas tendencias pueden rastrearse hasta los principios políticos del PDN (Partido Democrático Nacional). Según Sosa Abascal (2001:201-3), los dirigentes pedenistas se deslindaron, ideológica y políticamente, en los años treinta de las doctrinas de la Internacional Comunista pues, a diferencia de los comunistas, concebían la democracia como «una dimensión permanente y no transitoria del progreso social». Se ha hablado mucho, por otra parte, de las raíces marxistas de AD. Al respecto Oropeza (1998:129-35) aclara que si bien sus líderes, especialmente Betancourt, se formaron en las doctrinas marxistas utilizaron éstas principalmente como herramientas interpretativas, sin asumir su carácter universal

se extendieron progresivamente a la mayor parte de la sociedad. Difundidos sobre todo por partidos políticos, sindicatos y diversas organizaciones sociales definieron un amplio marco de estructuras de acción política y de sistemas normativos e institucionales, los cuales establecieron posibilidades y restricciones para la acción de la ciudadanía. Estos ideales, creencias y sistemas de acción al ser discutidos, interpretados y reconstruidos por los sujetos políticos se convirtieron en representaciones sobre la política. En otras palabras, la matriz políticamente pluralista del programa democrático es compatible con los contenidos primarios –confianza en las instituciones democráticas, rechazo al autoritarismo, interés en la política y disposición a participar– de la cultura política democrática y participativa, común a trabajadores pobres y a un estrato de la clase media, los cuales reconocen una experiencia significativa de socialización política primaria.

*El programa jacobino*¹⁸. Los principios, las orientaciones, y las formas de acción política de este programa político se corresponden con aquellas que, para el momento de retorno a la democracia en Venezuela, caracterizaban a la izquierda. Así sus principios eran universales y revolucionarios y se asumía en pleno las concepciones totalizantes y las visiones utópicas del marxismo¹⁹. Es

y revolucionario, sino más bien ajustándolas a la «fisonomía particularista y reformista» distintiva de ese partido político. En relación con la organización centralista de AD, rasgo que podría atribuirse a los esquemas organizativos leninistas, Urbaneja (1993 [1992]:176) conjetura que este partido asumió una estructura leninista más por razones instrumentales que por identificación ideológica: sus dirigentes consideraron a esta modalidad organizativa más efectiva para la consecución de sus propósitos políticos.

18 En las ciencias políticas contemporáneas, el «jacobinismo» define las creencias políticas basadas en una visión totalista y centralista. Ha caracterizado por igual a movimientos de izquierda y de extrema derecha (McLean, 1996:256). En *Paradoxes of Democracy*, Eisenstadt (1999:36-9) habla de las «tendencias jacobinas» del programa político de la modernidad, refiriéndose a las orientaciones que enfatizan la primacía de la política por sobre lo económico o lo social, asumiendo una concepción totalista del mundo, ideologías totalitarias y una visión moralista del progreso y la razón.

19 Kolakowski (1980 [1976]:406-14), define tres ejes o «temas fundamentales» en el marxismo. El tema «romántico»: crítica implacable a la sociedad industrial la cual contraría las exigencias de la naturaleza humana; el motivo «fáustico-prometeico» relativo a las relaciones entre trabajo y capacidades humanas; y el eje «racionalista y determinista», referido a la firme convicción, basada en la interpretación de la historia, sobre la existencia de leyes universales que rigen la vida social.

decir, la interpretación de la historia y de la vida social como un conflicto irreconciliable entre clases; la creencia en la capacidad humana de autocreación y autorrealización a través del trabajo, y la primacía de la acción política como instrumento esencial para la recomposición, unidad y armonía del orden social²⁰.

Disciplinada y combativamente la izquierda venezolana había participado en las luchas políticas durante la década dictatorial. Heredera, sin embargo, de una tradición autoritaria y con fuertes rasgos leninistas, no tenía costumbre ni disposición hacia la democracia²¹. Aunque apoyó brevemente la incipiente experiencia democrática venezolana, desde el principio la criticó por sus concepciones particulares y reformistas. La crítica a la democracia, cuyo ejercicio es condición de la democracia misma, se hizo no en nombre de la democracia, sino desde el modelo universal de la sociedad comunista. Ello significó que se desvalorizó sistemáticamente sus elementos liberales; se desdeñó los aspectos consensuales y de negociación del programa democrático denominándolos, de acuerdo a los esquemas marxistas, «conciliación de clases», y se buscó, repetidamente, la exacerbación del conflicto. Como consecuencia de esta posición ideológica, a lo largo de los sesenta, los sectores izquierdistas –pese a la integridad y honradez personal de la mayoría de sus líderes y militantes– fueron «oposición desleal» (Linz, 1978:27-38) a la democracia venezolana. Como es sabido, la izquierda desconoció la legitimidad del sistema democrático, recurrió a la violencia y a medios ilegales para oponerse a los gobiernos y concertó con sectores militares para tomar el poder por medio de golpes de estado.

Un poco antes, en 1959, un evento histórico externo, la revolución cubana, había modificado sensiblemente la frágil escena política venezolana. Tal como ocurriera en el resto de América Latina el proceso cubano impactó, particular y profundamente, el pensamiento y las acciones políticas de la izquierda²² y esti-

20 Un examen de las certezas y profecías marxianas, desde la perspectiva de la historia de las ideas en Berlin (2000:116-125; 1996:116-167). Para una revisión contemporánea de la filosofía marxiana y su concepción antropológica, véase Zurk (2001:67-84).

21 Rasgos por otra parte comprensibles ya que, según Caballero (1996:28), desde los años treinta la inspiración de la izquierda venezolana había sido la ortodoxia marxista «catequística» y «sumamente simplificada por el estalinismo».

22 Uno de sus efectos inmediatos fue el desgajamiento de sectores radicales de los partidos políticos. Buen ejemplo de ello fue la agravación de las disputas fraccionalistas en el seno de Acción Democrática, las cuales en 1960 dieron origen al Movimiento de Izquierda Revolucionaria (Coppedge, 1994:54; Alexander, 1982:446; Heydra, 1981:112-17). El

muló la imaginación de las élites intelectuales en Venezuela. La fuerza de este impacto se explica por un poderoso «efecto demostración» o de «contagio»²³, debido a la naturaleza del proceso que atravesaba la sociedad venezolana y, desde luego, a la cercanía geográfica y la semejanza cultural entre ambos países. La iniciativa política cubana, ciertamente, dio nueva legitimidad a la violencia como forma de acción y como vía para el ascenso político de los sectores populares. Al asumir, en 1961, los esquemas ideológicos y doctrinarios de la izquierda marxista, fortaleció las creencias en una justicia social basada en la negación de la propiedad y de los derechos individuales, y en un control rígido del estado sobre la economía y sobre la sociedad civil²⁴.

La difusión: efectos en la cultura y en las representaciones políticas. La combinación de la apertura política, cultural e ideológica de la sociedad venezolana, el impacto del evento cubano y el aprovechamiento no democrático de la apertura por parte de la izquierda tuvo enormes consecuencias. No sólo, como se ha dicho previamente, se radicalizaron las posiciones y las acciones de la izquierda venezolana, creándose nuevas alternativas de acción contrarias a los esquemas del programa democrático, sino que, culturalmente, se desencadenó un proceso que alteró en forma sustantiva las referencias culturales y cognoscitivas sobre lo político y sobre la sociedad. Sus efectos más profundos y duraderos fueron redefi-

evento cubano impactó también la política del partido comunista (PCV). Así lo reconocen, aunque con diferencias en cuanto a su fuerza, cuatro de los jefes políticos comunistas de la insurrección armada de los sesenta (Blanco Muñoz, 1980:14; 85; 197-8; 333-4; 350). Para una evaluación más reciente véase Martín (2001).

23 Véase la hipótesis de Huntington (1991:100-6), desarrollada a propósito de la democratización.

24 A lo largo del siglo xx, el cambio revolucionario condujo casi siempre, y Cuba no fue la excepción, a la represión política sistemática de sus adversarios, negando así la mayoría de las libertades implícitas en los ideales revolucionarios. Por otra parte, la planificación y control de los procesos económicos condujo a dificultades económicas severas y a gran escala, no previstas y seguramente no deseadas por los que pretendían revolucionar las sociedades del siglo pasado. Desde el punto de vista social, la consecuencia fue que, cualesquiera los medios utilizados para construir sociedades socialistas, los resultados anularon en todos los casos los fines deseados. Lo que se obtuvo fue regímenes represivos, autoritarios y burocráticos que, en ciertos casos y épocas, pudieron clasificarse como totalitarios. Para un análisis de la historia de las ideas comunistas en el siglo xx, véase Furet (1999 [1995]); un inventario histórico sobre la tragedia comunista en Courtois y otros (1999 [1997]).

nir el papel de la universidad y establecer una nueva misión para la clase intelectual. Ambas servirían instrumentalmente al proceso revolucionario que se había puesto en marcha en América Latina²⁵. El propósito era una ampliación de la libertad académica y la universalización de las referencias y los contextos cognoscitivos e ideológicos, para agudizar y potenciar la función crítica e innovadora de la universidad. El resultado, sin embargo, fue la polarización del debate intelectual, la politización de las universidades y la difusión de diferentes variantes del marxismo a través de cátedras, departamentos y escuelas universitarias²⁶.

En términos del origen de los esquemas contrapuestos que existen en las representaciones políticas interesa resaltar que, en Venezuela, el proceso *inicial* de su constitución estuvo, prácticamente por más de una década, bajo el efecto combinado y contradictorio de las tendencias, pluralistas y jacobinas, de dos programas políticos divergentes. Respecto al proceso de difusión, conviene aclarar, no se postula aquí el equilibrio o igualdad entre esas dos tendencias, ni tampoco mecanismos idénticos de propagación.

Es indudable el vasto efecto socializador y de educación política que tuvo el programa pluralista durante las primeras décadas democráticas. Para la hipótesis comprensiva considerada en este artículo, ese efecto es de tal importancia que explica en parte la persistencia, décadas más tarde, de la lealtad hacia la de-

25 En palabras de un académico brasileño, conocido en nuestros medios, la institución universitaria debía «...llevar adelante el proceso revolucionario...anticipando dentro de la universidad las nuevas formas de estructuración social que ella deberá extender mañana a toda la sociedad». D. Ribeiro. *La universidad peruana*, 1974: 22. Citado por Vargas Llosa (1990 [1986]:195).

26 Este hecho ha sido considerado desde diversas perspectivas. Para Caballero (1996:29), después del triunfo de los guerrilleros cubanos «el marxismo renació sobre todo en las aulas universitarias» venezolanas con una «literatura profusa y desigual». Albornoz (2001:41; 33-5) afirma que desde 1958 comenzó la «prevalencia del marxismo» en las cátedras universitarias de ciencias sociales. Esta circunstancia, a su entender, tuvo un «efecto devastador»: confundió la sociología con la historia, dividió a los investigadores entre revolucionarios y burgueses, y puso una «pesada lápida» sobre la investigación en Venezuela pues impidió el desarrollo de unas ciencias sociales empíricas. Por su parte, Briceño-León y Sonntag (1998:16-8), en un trabajo referido a América Latina, reseñan las relaciones entre la «sociología de la dependencia» y la revolución cubana y refieren la popularidad alcanzada por la «sociología marxista-estructuralista», una década más tarde, en las universidades de la región.

mocracia, el rechazo al autoritarismo, el interés en la política y las actitudes favorables a la participación comunes a un estrato de clase media y a un estrato de obreros y trabajadores pobres. Esta interpretación es consistente con hallazgos de otras investigaciones. La socialización política, en efecto, explicó la fidelidad hacia la democracia y altos niveles de penetración y de identificación partidistas en áreas rurales y en barrios urbanos, durante los primeros treinta años de la democracia (Baloyra y Martz, 1979:176-185;186-189; Torres, 1983:52-70; Pereira Almao, 1998:140), así como la amplia movilización social característica de la democracia venezolana durante décadas (Salamanca, 1996:247).

En los noventa, cuando la legitimidad y la estabilidad de la democracia venezolana comenzaron a verse comprometidas, los resultados que aquí se interpretan no sólo indican la continuidad en las representaciones políticas de los principios, orientaciones y sistemas de acción del programa democrático. Evidencian, sobre todo, que las personas entrevistadas que eligen esas opciones –sujetos políticos, sujetos de la democracia– al evaluar la delicada crisis política y las inmensas dificultades sociales y económicas de la democracia venezolana encuentran razones o argumentos que, sin descartar posiciones críticas, les llevan a mantener su compromiso con la democracia, su lealtad a las instituciones políticas y a rechazar las intentonas golpistas de 1992. ¿Porqué suponer que sus juicios se apoyan en razones normativas? Simplemente, porque la sostenida crisis económica y la insatisfacción generalizada con el gobierno de C. A. Pérez hacían esperar una alineación muy crítica o deslealtad hacia la democracia, particularmente por parte de los sectores pobres. Es decir, evaluaciones fundadas en razones utilitarias. Ocurre, sin embargo, lo contrario. Pese a la precariedad de su condición socioeconómica y su pesimismo político estas personas mantienen constante su apego y su compromiso con los principios y orientaciones del programa pluralista. En cuanto al sector de clase media, si no hay sorpresas. Se comportan de acuerdo a lo esperado: a mayores niveles educacionales de la población en mayor medida puede esperarse un cambio profundo, a favor de la democracia y que rechace alternativas autoritarias, en las representaciones políticas individuales (Almond y Verba, 1989 [1963]:315-24; Diamond, 1999:199).

Otros estudiosos de la escena política venezolana aportan evidencias que sugieren la persistencia del programa democrático en las representaciones. A finales de los noventa, se aprecia un desarrollo cualitativo de la sociedad civil (Crisp, 1998:35); hay evidencia empírica sobre niveles relativamente altos de organización y participación, así como preferencia por líderes dispuestos a nego-

ciar (Welsh y Carrasquero, 1998:152-3); y, muy saludablemente, racionalización de las lealtades y conductas políticas al lado de la permanencia del apoyo a la democracia por parte de la ciudadanía (Pereira Almao, 1998:141-147).

La difusión de los principios y prácticas del programa jacobino en Venezuela, en cambio, no tuvo la amplitud que alcanzó el programa pluralista pero sí una especial intensidad. Conviene precisar, antes de continuar con el argumento, que esta propagación no fue una novedad histórica ni, desde luego, constituyó algo peculiar a nuestro desarrollo político. Formó parte, por el contrario, de un influyente movimiento intelectual europeo que marcó el «espíritu de la época», *Zeitgeist*, previo a la segunda guerra mundial y se potenció y difundió después de esa guerra por la unión de la tradición revolucionaria y el movimiento antifascista (Furet, 1999 [1995]:266-82;416-23; Courtois y otros, 1999 [1997]:21-3).

Lo importante en relación con la hipótesis sobre el origen de las complejas representaciones políticas en la Venezuela contemporánea, es que esa difusión modificó en forma radical las coordenadas del debate y de la formación intelectual²⁷ en Venezuela y por ello fue decisiva para la constitución de esas representaciones. Debido a su escolasticismo la izquierda venezolana actuó en los sesenta y quizás durante varias décadas –en mayor o menor grado de acuerdo a la circunstancia histórica– como una minoría ideológica, en ciertos casos como una «minoría activa»²⁸. Lo decisivo de la propagación de sus ideas y del despliegue de sus acciones políticas en el proceso originario de las representaciones políticas se explica, precisamente, por la consistencia de sus posiciones ideológicas y por

27 La seducción ideológica de la inteligencia venezolana por las ortodoxias del marxismo y su proyecto político no ha sido, que se sepa, analizada sistemáticamente. Para un texto clásico sobre el tema véase R. Aron. 1955. *L'Opium des Intellectuels*. París: Calmann-Levy. Un resumen de sus ideas principales en Aron (1990 [1983]:214-225). Para un análisis de cómo intelectuales polacos vivieron esa experiencia bajo el estalinismo, véase Miosz (1981 [1953]). Sobre el tema de la ideologización política de los intelectuales europeos, véase Furet (1999 [1995]:266-314) y el intercambio epistolar entre Furet y Nolte (1999 [1998]). En esta misma línea, más recientemente, Lilla (2001) examina la espinosa relación entre el pensamiento de notables intelectuales europeos del siglo xx y el fervor mesiánico con que apoyaron y justificaron diversas tiranías.

28 El concepto proviene de Moscovici (1981). Véase también Doms y Moscovici, (1985 [1984]); Pérez y Mugny (1988). Un análisis de la actuación de La Causa R, entre 1971 y 1981, como minoría activa en Villarroel (1991).

los ámbitos privilegiados a través de los cuales su acción fue más exitosa: la educación superior y las élites intelectuales.

Las universidades y las élites intelectuales tienen un papel central respecto al desarrollo de ideales y creencias políticas. La universidad trasmite y crea cultura. Su alcance social, por lo mismo, es también doble: socializa y divulga las formas culturales y el conocimiento aceptado y, a un tiempo, los desafía, estimulando la imaginación y desarrollando la crítica que permiten el cambio y la innovación: intelectual, política o moral. La academia, por otra parte, forma no sólo los individuos que acceden a la educación superior, quienes adquieren los valores y las competencias que los acreditan profesionalmente, sino también las élites intelectuales. Es decir, aquellos individuos que regularmente crean, evalúan, analizan o transmiten ideas, significados, interpretaciones o valores ante auditorios amplios, y tienen una relación privilegiada con los centros académicos, los medios de comunicación y el poder político (Camp, 1988 [1985]:240; Bell, 1992). El efecto de las funciones de la universidad se ensancha aún más porque la producción intelectual influye en otras élites y, a través de los medios masivos, como establecen teorías psicosociales (Moscovici, 1979 [1961]), se disemina en la sociedad, siendo reconstruida y convertida en representaciones por parte de los sujetos.

El proceso de difusión social del programa jacobino operó de modo tal que los esquemas autoritarios y totalistas de la izquierda dejaron de estar confinados en individualidades y pequeños grupos radicalizados para enraizarse en el correspondiente «espíritu de la época» local, produciendo, para utilizar la expresión de Pérez y Mugny (1988:188), «cambios de naturaleza constructivista» que lo redefinieron. En otros términos, la difusión intensiva de los principios e ideales jacobinos y la defensa de sus acciones políticas desde los medios académicos desgarró el tejido cultural, creando nuevas maneras de comprender y de explicar la sociedad. Con ello no sólo se modificó en forma radical el paisaje intelectual. Se transformaron, sobre todo, los campos de acción y de interacción política disponibles en ese momento para la ciudadanía pues se legitimó la violencia para el logro de objetivos políticos²⁹ y se privilegió el conflicto por encima de la búsqueda de consenso y acuerdo, como dispositivo de transformación social.

29 Testimonios sobre la experiencia de la insurrección armada de individuos provenientes del PCV, en Blanco Muñoz (1980; 1981). Una descripción anecdótica y contextualizada históricamente de los eventos políticos violentos del inicio de los sesenta en Heydra (1981:118-137).

Importa ahora considerar cómo esta transformación cultural afectó la constitución de las representaciones políticas. A diferencia de los individuos que, en los noventa, estiman la democracia en términos políticos, rechazan el autoritarismo y están dispuestos a participar, los que desconfían o son escépticos respecto a la experiencia democrática venezolana son individuos de clase media, muchos con educación superior, que no tuvieron (por razones que con los datos disponibles no es posible discernir) una historia de socialización política primaria. Este escepticismo o ambigüedad hacia la democracia contradice lo reportado en la literatura: a mayores niveles educativos, más orientación hacia la democracia.

De acuerdo a la hipótesis de este trabajo, esa paradoja puede explicarse en términos de evaluaciones, comparaciones y decisiones racionales por parte de las personas entrevistadas. Es posible conjeturar que los esquemas culturales y cognoscitivos respecto a la política y a la democracia venezolana de los individuos con educación superior se construyeron principalmente en la universidad. Fueron educados y sensibilizados políticamente en sintonía con las ideas y principios políticos que sostienen el programa jacobino. En medio de una crisis tan profunda como la que confrontó la democracia venezolana al iniciarse los noventa –en la cual resurgieron los principios e ideales jacobinos y desde medios intelectuales se alentó y aprobó la conjura militar– difícilmente, de acuerdo a lo que se viene argumentando, estos sujetos políticos podrían haber encontrado motivos para sostener posiciones anti-autoritarias o confiar en el sistema político venezolano, puesto que sus esquemas cognoscitivos y valorativos sobre la política y la sociedad les proveían buenas razones para justificar intervenciones autoritarias en la política, para tener como bueno o mejor un modelo de sociedad diferente a la democracia, o para, en momentos difíciles para la sociedad, confiar en un liderazgo proveniente del sector militar.

Conclusión

Se ha tratado en este artículo de explicar comprensivamente el conflicto y la contradicción que caracterizan las representaciones políticas en la Venezuela contemporánea, teniendo como referente empírico resultados de investigación de alcance nacional. Se ha propuesto una hipótesis que da cuenta de esa complejidad en términos de la difusión, en momentos y circunstancias cruciales para la constitución de la cultura democrática en Venezuela, de programas políticos opuestos. Esta difusión, y la socialización consecuente a ella, habrían creado dos

matrices o esquemas culturales y cognoscitivos que, décadas más tarde y en una gravísima coyuntura política, estructuran frente al sujeto de la democracia alternativas *disímiles* sobre ideas, valores o formas de acción políticas, y respecto a la mejor forma de organizar la sociedad y alcanzar los fines sociales.

La intención de dar cuenta de la complejidad de las representaciones explorando una hipótesis sobre su origen tiene, además, el propósito de iluminar comprensivamente los intensos procesos políticos que vive la sociedad venezolana desde hace diez años. Procesos que, recientemente, han alcanzado niveles de conflictividad y de movilización política desconocidos en la sociedad venezolana durante la mayor parte del siglo XX. Estos hechos indican los profundos cambios en los contextos culturales, de pensamiento y de acción disponibles para los sujetos políticos y el desarrollo de una sociedad civil vigorosa y muy activa políticamente. Pero también señalan la necesidad de encontrar sistemas de interacción que permitan la confrontación y la discusión políticas, pero también el diálogo, la negociación y el compromiso entre posiciones encontradas.

Sin desconocer la importancia que las condiciones estructurales de la sociedad pueden haber tenido en la formación y en la transformación de las representaciones políticas, este trabajo se ha propuesto comprender la existencia *simultánea* de oposiciones en relación con elementos clave de la cultura política en una democracia que, según todos los indicios, parecía consolidada. Si los argumentos discutidos sostienen la hipótesis propuesta en este artículo, se explicaría una de las paradojas de la democracia venezolana: autoritarismo, hostilidad o escepticismo, coexistiendo al lado de pluralismo, búsqueda de consenso, compromiso y lealtad hacia la experiencia democrática venezolana.

Las teorías sobre las relaciones entre democracia y cultura aportan buenas razones para sostener, desde varios puntos de vista, el esquema interpretativo propuesto en estas páginas. Puede admitirse, en primer lugar, la dualidad y el conflicto que empíricamente se perfilan en las representaciones políticas del venezolano y comprender el hecho de que diferentes estratos sociales sostengan posiciones encontradas respecto a la experiencia democrática venezolana. Las representaciones políticas no excluyen sino, por el contrario, admiten el conflicto y la contradicción. En efecto, de acuerdo con Almond y Verba (1989 [1963]:15-17) y Diamond (1994:8), las creencias, las actitudes, los valores que conforman las representaciones políticas de una sociedad se ordenan en un patrón coherente, pero ello no significa que todos los estratos o grupos sociales comparten la misma cultura, o que este patrón está distribuido uniformemente en la población.

En términos del origen de las representaciones políticas en Venezuela, se ha sostenido en este artículo que su estructuración contradictoria resulta de la difusión de dos programas políticos opuestos en un período clave para la constitución de la cultura democrática. Este doble proceso de difusión habría contribuido a la configuración de dos matrices culturales divergentes, pluralista y jacobina, las cuales han formado parte de la cultura democrática en Venezuela durante varias décadas. Esta configuración explicaría, en buena medida, las oposiciones de las representaciones políticas. Esta interpretación, en segundo lugar, es consistente con la noción geológica de la cultura política propuesta por Diamond (1994:229-38), según la cual ésta puede ser entendida como una estructura sedimentaria compuesta por capas de acontecimientos históricos, hechos culturales, principios y orientaciones, así como por procesos de experiencia institucional y de aprendizaje político. Si se acepta que las configuraciones pluralista y jacobina están sedimentadas en la cultura puede entenderse, entonces, que décadas después –interrogado sobre los acontecimientos que dieron inicio a la década de los noventa y el funcionamiento de la democracia venezolana– el sujeto de la democracia haya producido respuestas que revelan el examen, la valoración y la elección no sólo respecto al funcionamiento del sistema político venezolano sino entre principios, ideales y sistemas de acción políticos opuestos. Se refutaría de este modo las posiciones deterministas respecto a la relación entre cultura y democracia³⁰, o entre democracia y condiciones socioeconómicas. Las representaciones políticas, como se ha sostenido, no son simplemente el reflejo de las características estructurales de la sociedad, ni pueden reducirse a los criterios de la elección racional.

Se argumenta, justamente, en este artículo que las opiniones, decisiones y acciones del sujeto de la democracia no siempre se resuelven desde el punto de vista de sus intereses, individuales o colectivos. Con frecuencia, sus evaluacio-

30 La concepción determinista y reduccionista sobre la cultura política establece que ésta no sólo determina las instituciones y conductas políticas sino que es poco permeable al cambio. Ésta concepción está presente en algunas interpretaciones culturalistas sobre los procesos políticos en América Latina. Este es el caso, a mi juicio, del trabajo de Hillman (1994) sobre cultura política en Venezuela. Investigaciones como ésta, aunque no niegan del todo las posibilidades de la democracia en nuestros países, sostienen que las tradiciones, las prácticas políticas y los sistemas institucionales heredados de España –por su carácter absolutista, elitista, autoritario y centralista– restringen y limitan el desarrollo de regímenes democráticos en el subcontinente.

nes y comparaciones –particularmente aquellas referidas a temas cruciales– se apoyan en consideraciones normativas. Desde ese modelo, que supone competencias para el razonamiento político al alcance de las personas sencillas, podría explicarse, en la circunstancia de una severa crisis económica y social y ante las amenazas militares de 1992, las preferencias por la libertad y la solidaridad, la confianza en el sistema político, el interés en la política y la lealtad hacia la democracia, especialmente por parte de obreros y trabajadores pobres, pero también por gente de la clase media. También podrían explicarse, en parte, las duras críticas de otros estratos pobres. Pero, especialmente, puede darse cuenta de la segunda paradoja de la democracia venezolana: el respaldo, por parte de sectores con educación superior y bienestar económico, al autoritarismo, el antipartidismo y la ambigüedad o alineación crítica respecto a la experiencia democrática venezolana, al lado de la demanda de justicia y seguridad social. En ambos casos, las preferencias estarían orientadas por consideraciones normativas proveídas por los esquemas pluralista y jacobino respectivamente.

En otras palabras, respecto a las formas culturales específicamente políticas ha de entenderse que cada etapa o evento históricos, cada influencia cultural importante, cada desarrollo institucional va dejando principios y orientaciones, esquemas y experiencias que pueden ser desplazados o debilitados bajo el influjo de nuevas condiciones políticas o nuevos diseños institucionales, pero que difícilmente pueden eliminados. De hecho, como sugiere el curso político reciente de la democracia venezolana, representaciones y formas de entender lo político y la sociedad que parecían olvidadas, han resurgido. Así, en el marco de una profunda crisis, la configuración política jacobina –la cual parecía tener muy poco apoyo y estar relativamente aislada en la sociedad venezolana– emergió poderosa y confusamente restaurando la vigencia del «pensamiento totalizante, la ilusión utopista y el discurso revolucionario» en las palabras y las acciones de un nuevo actor colectivo (Villarroel, 1999:69-73) y en el nuevo proyecto político que se desarrolla actualmente en la sociedad venezolana. Quizás buena parte de la fuerza carismática del liderazgo de Hugo Chávez, provenga precisamente de que su discurso recupera y estructura formaciones culturales previas con demandas de justicia social. Así lo expresado en el culto a Bolívar y en los ideales universalistas y revolucionarios del programa jacobino.

Esta perspectiva, igualmente, permite comprender cómo y porqué las orientaciones y principios del programa democrático, presentes también en las representaciones, han logrado reconstituirse y han encontrado nuevas formas

de articulación y expresión que son el otro formidable elemento de la escena política venezolana al iniciarse el siglo XXI. Aún en medio de una gravísima crisis económica y frente a una insatisfacción inédita en la historia venezolana respecto a cualquier gobierno, el sujeto de la democracia ha reencontrado y ha puesto en acto, de múltiples maneras, sus convicciones políticas democráticas. De ese núcleo pluralista de las representaciones probablemente surge la también poderosa resistencia al proyecto político de Hugo Chávez.

Lo anterior permite afirmar que la cultura democrática no es un legado histórico resistente al cambio. El caso venezolano ilustra, como han reportado otros analistas (Diamond, Linz, Lipset, 1995:20-5; 48-52; Diamond, Hartlyn, Linz, Lipset, 1999:38-48; Diamond, 1999:165-74), una relación de reciprocidad entre sus componentes –valorativos, cognoscitivos, actitudinales, evaluativos, conductuales– y la experiencia histórica, las transformaciones de la estructura económica y social, la escena política internacional, los procesos de difusión cultural y el funcionamiento del sistema político de una sociedad. Factores que, según el caso, pueden ser fuente de progreso o de fracaso democrático.

El curso político de la democracia venezolana en el último año da mayor fuerza a la hipótesis discutida en estas páginas. Si esa conjetura se sostiene, puede afirmarse que la polarización o división de la sociedad venezolana en bandos ideológicos que parecen –en el momento de escribir estas conclusiones– irreconciliables no puede atribuirse únicamente al actual proyecto político. La escisión, sin duda, se articula a las graves desigualdades y éstas obedecen a incontables factores estructurales; y, desde luego, al manejo político que de esas desigualdades se ha hecho. Pero los principios e ideales del programa político jacobino que resurgió sobre la ola del descontento popular, y los ideales y orientaciones pluralistas que hoy se enfrentan a ese programa son viejos conocidos del sujeto de la democracia venezolana. Quizás la salida al peligroso dilema en que hoy está la sociedad venezolana se encuentre menos del lado de la confrontación entre principios e ideales políticos distintos, y más del lado de la recuperación y de la búsqueda modesta del conjunto de procedimientos y reglas que hagan posible el funcionamiento de la democracia en el país que somos. En otras palabras, asegurar el funcionamiento de una sociedad abierta, plural en la que los gobiernos sean simplemente un dispositivo útil para el sujeto de la democracia, de manera tal que pueda satisfacer sus demandas y alcanzar sus fines colectivos y sus ideales individuales.

Referencias Bibliográficas

- ALBERTI, C. y SAURET, M.J. (1996) **La Psychanalyse**. Toulouse: Édition Milan.
- ALBORNOZ, O. (2001) "La producción de conocimientos en sociología". En: A. Romero Salazar. Editor. **La sociología venezolana hoy**. Maracaibo: Ediciones Astro Data.
- ALEXANDER, R.J. (1982) **Rómulo Betancourt and the Transformation of Venezuela**. New Brunswick y Londres: Transaction Books.
- ALMOND, G. y VERBA, S. (1989) [1963] **The Civic Culture. Political Attitudes and Democracy in Five Nations**. Newbury Park, CA: SAGE Publications.
- ARON, R. (1990) [1983] **Memoirs. Fifty Years of Political Reflection**. Nueva York: Holmes & Meier.
- BALOYRA, E.A. y MARTZ, J.D. (1979) **Political Attitudes in Venezuela. Societal Cleavages and Political Opinion**. Austin y Londres: University of Texas Press.
- BELL, D. (1992) "Guerras Culturales. La vida intelectual norteamericana. 1965-1990". **Vuelta**. Año XVI. N° 186:30-38.
- BERLIN, I. (1996) **The Sense of Reality. Studies in Ideas and their History**. Nueva York: Farrar, Strauss and Giroux.
- BERLIN, I. (2000) **The Power of Ideas**. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- BLANCO MUÑOZ, A. (1998) **La lucha armada: hablan seis comandantes**. Caracas: Coediciones UCV-FACES.
- BLANCO MUÑOZ, A. (1980) **La lucha armada: hablan cinco jefes**. Caracas: Coediciones UCV-FACES.
- BOUDON, R. y BOURRICAUD, F. (1994) [1982] **Dictionnaire Critique de la Sociologie**. París: P U F.
- BOUDON, R. (1984) **La place du désordre**. París: P. U. F.
- BOUDON, R. (1994) **The Art of Self-Persuasion**. Cambridge, UK: Polity Press.
- BOUDON, R. (2001) **The Origin of Values**. New Brunswick, NJ: Transaction Publishers.
- BRICEÑO-LEÓN, R. y SONNTAG, H.R. (1998) **Pueblo, época y desarrollo: la sociología de América Latina**. Caracas: Nueva Sociedad.

- CABALLERO, M. (1996) "Cambios en las ideas y la mentalidad del venezolano en el siglo veinte" en Fundación Francisco Herrera Luque. **Balance del siglo xx venezolano**. Caracas: Grijalbo.
- CAMP, R.A. (1988) [1985] **Los intelectuales y el Estado en el México del siglo XX**. México: Fondo de Cultura Económica.
- CARRERA DAMAS, G. (1988) [1984] **Una nación llamada Venezuela**. Caracas: Monte Ávila Editores.
- COPPEDGE, M. (1994) **Strong Parties and Lame Ducks. Presidential Partyarchy and Factionalism in Venezuela**. Stanford, CA: Stanford University Press.
- COURTOIS, S., WERTH, N., PANNE, J-L, PACZKOWSKI, A., BARTOSEK, K. y MARGOLIN, J.L. (1999) [1997] **The Black Book of Communism**. Cambridge: Harvard University Press.
- CRISP, B. (1998) "Institutional Design and Compromised Legitimacy" En D. Canache y M. R. Kulisheck. **Reinventing Legitimacy. Democracy and Political Change in Venezuela**. Westport, CO: Greenwood Press.
- DAHL, R.A. (1971) **Polyarchy. Participation and Opposition**. New Haven: Yale University Press.
- DAHL, R.A. (1997) "Development and Democratic Culture" en L. Diamond, M. F. Plattner, Yun-han Chu y Hung-mao Tien. Editores. **Consolidating the Third Wave Democracies. Themes and Perspectives**. Baltimore y Londres: The Johns Hopkins University Press.
- DIAMOND, L. (1994) (Editor) **Political Culture and Democracy in Developing Countries**. Boulder y Londres: Lynne Rienner Publishers, Inc.
- DIAMOND, L. (1999) **Developing Democracy. Toward Consolidation**. Baltimore y Londres: The Johns Hopkins University Press.
- DIAMOND, L., J.J. LINZ y LIPSET, S.M. (1995) **Politics in Developing Countries**. Boulder, CO: Lynne Rienner Publishers.
- DIAMOND, L., HARTLYN, J., LINZ, J.J. y LIPSET, S.M. (1999) **Democracy in Developing Countries: Latin America**. Boulder, CO: Lynne Rienner Publishers.
- DOMS, M. y MOSCOVICI, S. (1985) [1984] "Innovación e influencia de las minorías" en S. Moscovici. **Psicología Social**. Tomo I. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- EISENSTADT, S. N. (1999) **Paradoxes of Democracy**. Washington: The Woodrow Wilson Center Press. Baltimore: The Johns Hopkins University Press.

- FURET, F. (1999) [1995] **The Passing of an Illusion. The Idea of Communism in the Twentieth Century**. Chicago: The University of Chicago Press.
- FURET, F. y NOLTE, E. (1999) [1998] **Fascismo y comunismo**. Buenos Aires.
- HEYDRA, P. (1981) **La izquierda una autocrítica perpetua**. Caracas: Coedición de la Facultad de Humanidades y Educación de la Universidad Central de Venezuela y Papeles Universitarios.
- HILLMAN, R.S. (1994) **Democracy for the Privileged. Crisis and Transition in Venezuela**. Boulder y Londres: Lynne Rienner Publishers.
- HUNTINGTON, S. (1991) **The Third Wave**. Norman y Londres: University of Oklahoma Press.
- KARL, T. L. (1991) "Dilemmas of Democratization in Latin America" en D. A. Rustow y K. P. Erikson. Editores. **Comparative Political Dynamics: Global Research Perspectives**. Nueva York: Harper Collins Publishers.
- KORNBLITH, M. (1996) "Crisis y transformación del sistema político venezolano: Nuevas y viejas reglas de juego" en A. Álvarez. Coordinador. **El sistema político venezolano: Crisis y transformaciones**. Caracas: Facultad de Ciencias Jurídicas y Políticas. Instituto de Estudios Políticos.
- KYMLICKA, W. (1999) [1995] **Multicultural Citizenship**. Oxford: Clarendon Press.
- KOLAKOWSKI, L. (1980) [1976] **Las principales corrientes del marxismo. Su nacimiento, desarrollo y disolución**. Tomo I. Los fundadores. Madrid: Alianza Editorial.
- LEVINE, D.H. y CRISP, B.F. (1999) "Venezuela: The Character, Crisis and Possible Future of Democracy" en L. Diamond, J. Hartlyn, J. J. Linz y S. M. Lipset. Editores. 1999. **Democracy in Developing Countries: Latin America**. Boulder, CO: Lynne Rienner Publishers.
- LILLA, M. (2001) **The Reckless Mind. Intellectuals in Politics**. Nueva York: New York Review Books.
- LINZ, J.J. (1978) **The Breakdown of Democratic Regimes. Crisis, Breakdown and Reequilibration**. Baltimore y Londres: The Johns Hopkins University Press.
- LINZ, J.J. y STEPAN, A. (1996) **Problems of Democratic Transition and Consolidation**. Baltimore y Londres: The Johns Hopkins University Press.
- KINZ, J.J. y STEPAN, A. (1997) "Toward Consolidated Democracies" en L. Diamond, M. F. Plattner, Yun-han Chu y Hung-mao Tien. Editores. **Consoli-**

- dating the Third Wave Democracies. Themes and Perspectives.** Baltimore y Londres: The Johns Hopkins University Press.
- LIPSET, S. M. (1977) [1960] **El hombre político. Las bases sociales de la política.** Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires.
- MARTÍN, A. (2001) **Castro y América Latina.** Caracas: Editorial Panapo.
- MCLEAN, I. (1996) **The Concise Oxford Dictionary of Politics.** Oxford: Oxford University Press.
- MIOSZ, C. (1981) [1953] **El pensamiento cautivo.** Barcelona: Tusquets Editores S. A.
- MOSCOVICI, S. (1979) [1961] **El psicoanálisis, su imagen y su público.** Buenos Aires: Editorial Huemul, S.A.
- MOSCOVICI, S. (1981) **Psicología de las minorías activas.** Barcelona: Morata.
- O'DONNELL, G. (1999) **Counterpoints. Selected Essays on Authoritarianism and Democratization.** Notre Dame, IN: University of Notre Dame Press.
- OROPEZA, L.J. (1998) **El gendarme innecesario.** Caracas: Editorial Panapo.
- PEREIRA ALMAO, V. (1998) "Venezuelan Loyalty Toward Democracy in the Critical 1990s" en D. Canache y M. R. Kulisheck. **Reinventing Legitimacy. Democracy and Political Change in Venezuela.** Westport, CO: Greenwood Press.
- PÉREZ, J.A. y MUGNY, G. (1988) **Psicología de la influencia social.** Valencia: Promolibro.
- POPPER, K. (1980) [1962] **La lógica de la investigación científica.** Madrid: Editorial Tecnos.
- POPPER, K. (1989) [1963] **Conjectures and Refutations. The Growth of Scientific Knowledge.** Londres y Nueva York: Routledge.
- REY, J. C. (1991) [1987] "El futuro de la democracia en Venezuela" en J. A. Silva M. Coord. **Venezuela hacia el 2000. Desafíos y opciones.** Caracas: Editorial Nueva Sociedad.
- SALAMANCA, L. (1996) "Crisis de la modernización y crisis de la democracia en Venezuela: Una propuesta de análisis" en A. Álvarez. Coordinador. **El sistema político venezolano: Crisis y transformaciones.** Caracas: Facultad de Ciencias Jurídicas y Políticas. Instituto de Estudios Políticos.
- SCHMITTER, P. y KARL, T.L. (1991) "What Democracy Is...and Is Not" en **Journal of Democracy.** Vol. 2. N° 3: 75-88.

- SOSA ABASCAL, A. (2001) **Rómulo Betancourt y el Partido del Pueblo (1937-1941)**. Caracas: Universidad Católica Andrés Bello/Fundación Rómulo Betancourt.
- TORRES, A. (1983) **Partisanship and Floating Behavior in Venezuela**. Tesis de Doctorado. M. I. T.
- URBANEJA, D.B. (1993) [1992] **Pueblo y petróleo en la política venezolana del siglo XX**. Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana.
- VARGAS LLOSA, M. (1990) [1986] **Contra viento y marea**. Vol II. Barcelona: Seix Barral.
- VILLARROEL, G. (1991) "Los nuevos modos de acción política y el papel de las minorías en el cambio social" en M. Montero. Coord. **Problemas de Psicología Política en América Latina**. Caracas: Eduven.
- VILLARROEL, G. (1999) "Dos hipótesis sobre la democracia venezolana: Actores, discursos y representaciones". **Revista Avespo**. Vol. XXII n° 1:61-80.
- VILLARROEL, G. (2001) **Las representaciones políticas del venezolano**. Caracas: Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico. U. C. V.
- WEBER, M. (1973) [1968] **Ensayos sobre metodología sociológica**. Buenos Aires: Amorrortu Editores S.A.
- WEFFORT, F. (1994) "New democracies: which democracies?" en H. Gilomee, L. Schlemmer y S. Hauptfleisch. **The Bold Experience. South Africa's New Democracy**. Johannesburg: Southern Book Publishers.
- WELSH, F. y CARRASQUERO, J.V. (1998) "Democratic Values and the Performance of Democracy in Venezuela" en D. Canache y M. R. Kulisheck. **Re-inventing Legitimacy. Democracy and Political Change in Venezuela**. Westport, CO: Greenwood Press.
- ZURK, M. (2001) **De la Tesis Doctoral a El Capital. La filosofía perenne de Karl Marx**. Caracas: Editorial Los Delfines.